Santa Catalina Labouré y la Virgen Milagrosa

Santa Catalina Labouré y la Virgen Milagrosa

A. CODESAL MARTIN

Ilustraciones de OLIGART

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo,44
41003-SEVILLA

Con licencia eclesiástica
Imprime: Azahara SL
ISBN: 84-7770-451-1
D.L.: Gr. 91-99

Como una mujercita

Santa Catalina Labouré nació en Fain-les-Moutiers, aldea de la Borgoña, en la Costa oriental francesa. De los 17 hijos que tuvieron los padres de Catalina, sobrevivieron sólo diez: siete varones y tres mujeres; Catalina hacia el número octavo. Vino al mundo el 2 de mayo de 1806, un viernes, a las seis de la tarde.

María Luisa, la segunda de la familia, nacida en 1795 se sintió con vocación de Hija de la Caridad e ingresó en 1818. Casi todos los varones se abrieron paso en la vida, lejos del hogar. Catalina a sus 12 años se convirtió en responsable de la limpieza de la casa, además de cuidar a sus dos hermanitos menores: María Antonia o Tonina y Augusto. Ella preparaba las comidas, atendía el hogar y lo hacía todo con perfección como si fuera ya una mujer.

La Santísima Virgen la miraba, desde el Cielo, con amor de Madre y la eligió para que algún día fuera portavoz de sus misericordias y la propagadora de la medalla de su Inmaculada Concepción que, iba a encomendar a las Hijas de la Caridad; medalla que el pueblo bautizaría con el nombre de «MEDALLA MILAGROSA» por los extraordinarios prodigios que Dios obraría por medio de ella, si se lleva con devoción.

Amaba a los animales

Catalina era también la que se ocupaba de atender las gallinas y más de setecientas palomas del palomar hogareño, que ya la conocían y se alegraban mucho cuando les llevaba comida, formando círculos como una aureola sobre su cabeza.

Todos los santos han sido muy amantes de los animales por ser criaturas de Dios. San Francisco de Asís predicaba a los pajaritos y San Antonio de Padua a los peces, que le escuchaban con mucha atención. Seguramente que nuestra santita también hablaba con las palomas y éstas parecían comprender.

Catalina no tenía tiempo para jugar con las niñas de su edad porque pesaban sobre ella muchos trabajos, pero aún le quedaba tiempo para rezar. No estaba triste ni se aburría porque al cumplir con su deber sabía que estaba haciendo la voluntad de Dios.

Catalina siempre estaba alegre y contenta, porque sabía que Dios está en todas partes y podía verla y escuchar sus oraciones. Por eso no se sentía sola y en todas partes sentía la presencia de Dios y a El acudía confiándole siempre todos los problemas.

Amaba mucho a Jesús

Catalina no se contentaba con ir a la iglesia solamente los domingos y días de obligación.

El que tiene un amigo, no lo visita solamente por obligación, sino que desea verlo y pasar a su lado la mayor parte del día. Por eso Catalina que amaba mucho al Prisionero del Sagrario, lo visitaba todos los días asistiendo a misa, aunque tenía que caminar algunos kilómetros.

Seguramente en todo el pueblo no había otra niña que tuviera tanto trabajo y tantas cosas que hacer en su casa, como la pequeña Catalina; y sin embargo ella era la primera que asistía a la misa diaria en la lejana parroquia. Algunos la criticaban diciendo que rezaba demasiado y así no podía cumplir con sus obligaciones, pero Catalina sabía que si no se hace bien la oración, es cuando faltan los ánimos y no se hace lo que se debe hacer.

Jesús dijo: «Sin Mí nada podeis hacer... pero venid a Mí y Yo os ayudaré». Pedid y recibireis... Todo lo que pidais al Padre en mi nombre Yo lo haré... Si uno le pide pan a su padre ¿acaso le dará una piedra? ¿O si le pide un huevo le dará un escorpión? Pues si vosotros sabeis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más lo hará Dios que es el más bueno de todos los padres?

OLGAR

Cuida de los animales

Catalina crecía entre las palomitas por las que sentía especial predilección, sintiéndose más feliz que entre los muchachos y muchachas de su edad, porque allí peligraba menos su pureza, que quería conservar íntegra para Jesús.

Trataba a las vaquitas con todo el cariño que le inspiraban el ser criaturas de Dios, y, aunque eran muy glotonas, Catalina trataba de complacerlas dándoles la mejor hierba que tenía y el heno que las vaquitas preferían.

Allí aprendió la virtud de la paciencia, con aquellas vaquitas que cuanto más limpias quería tenerlas, ellas más se ensuciaban y casi nunca se hartaban de comer.

En el trato con los animales comprendió lo malo que es el dejarse guiar únicamente por los instintos, como las pobres vacas que no tienen conocimiento... ¡Cuántos hombres viven en el mundo que razonan menos que los animales, tratando de complacer todos sus antojos como si fueran unos pobres asnillos nacidos sólo para esta vida! ¡Qué pocos son los que piensan en la vida eterna para la cual hemos nacido y ahora vamos de paso!

Catalina amaba mucho a la Santísima Virgen, y Ella la defendió de todos los peligros que el Demonio le preparaba contra la virtud de la pureza. Más de un pretendiente quiso cortejarla, pidiéndola en matrimonio, cosa que agradaba a su padre. Pero Catalina no quiso casarse; aspiraba a ser libre de por vida para amar únicamente a Jesús y María.

Su vocación

A los catorce años, Catalina comienza a hablar de vocación. A su padre no le agrada la idea de que se haga religiosa, y la manda a París con su hermano Carlos que tiene allí un restaurante. El hermano trata de cambiar sus ideas presentándole chicos que desean cortejarla. Pero ella no pierde su pensamiento de amar únicamente a Jesús, a cuyo servicio ha decidido consagrarse.

A los 18 años tiene un sueño profético. Le parece estar en la iglesia junto a la capilla de la Virgen donde un venerable sacerdote celebra misa. Al terminar llama a Catalina y le dice: «Servir a los pobres es maravilloso, Dios tiene designios sobre ti, no lo olvides». Visitanto otro día, la casa de las Hijas de la Caridad vió un cuadro de San Vicente y exclamó: ¡Oh, éste es el sacerdote que me habló en sueños! Entonces comprendió que Dios la quería Hija de la Caridad.

¡Cuidar de los pobres y necesitados es maravilloso! ¿Por qué? Porque en los pobres y necesitados está encarnado Jesús, que dijo: «En verdad, en verdad os digo, que todo lo que hagais con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt. 25).

Se hace Hija de la Caridad

Por fin, decidida a consagrarse a Dios como Hija de la Caridad, escribe a su hermana mayor, María Luisa, que ya hace diez años ingresó en esta Congregación, y ésta le contesta con una maravillosa carta ponderando la vocación religiosa y el amor a los pobres. Al padre no le gusta la idea y reacciona negándole la dote, pero una cuñada que la comprende le ayuda y proporciona cuanto necesita.

Llena de gozo y emoción, el día 21 de abril de 1830 llega Catalina a la Casa Madre de las Hijas de la Caridad en París, Rue du Bac. Es el miércoles que precede a la traslación de las reliquias de San Vicente y hay allí una gran fiesta. Catalina participa con vivo transporte de fe.

Llena de emoción da gracias a la Virgen, que se ha dignado aceptarla a formar parte de sus hijas predilectas que cuidan de Jesús en la persona de los pobres.

Ante el sagrario promete ser una más entre todas; ser la sierva de todas que aceptará gustosa los oficios más humildes que hubiera en la casa. Como Jesús, aprendió a decir: «No he venido a que me sirvan, sino a servir a los demás».

La hermana Catalina tenía gran devoción a la Santísima Virgen y la amaba con indescriptible amor. Una noche, después de pensar mucho en la Virgen, se acostó con el deseo de ver a la Reina de los Cielos. ¡Oh, qué hermosa será la Santísima Virgen! ¡Qué larga se me hace la vida con el deseo que tengo de verla! ¡Oh, quién pudiera verla ahora mismo y besar sus pies!

Con estos pensamientos se acostó pidiendo a San Vicente de Paul poder verla siquiera fuera en sueños. Ella accedió a sus deseos no de cualquier forma en sueños; sino en la más bella realidad.

A poco de quedarse dormida, la despertó una dulce voz que la llamaba por su nombre: «Sor Catalina, Sor Catalina». Era una voz tan dulce que la hizo presentir algo maravilloso.

Descorrió un poco la cortina de su camarilla y vió un hermosísimo niño como de unos cuatro o cinco años, resplandeciente y bañado de una luz encantadora que la dijo: «Catalina, levántate aprisa que la Santísima Virgen te espera en la capilla».

De un salto se tiró de la cama y se vistió con rapidez. Salió al pasillo y lo encontró todo iluminado. ¡Era todo tan hermoso que no acaba de comprender si todo era un bello sueño! «¿Dónde está la Santísima Virgen? ¿De veras voy a ver a la Santísima Virgen?

A los pies de María

«Al llegar a la capilla, la puerta —dice ella textualmente— se abrió con sólo tocarla el niño con los dedos, y al entrar me sorprendí sobremanera al verlo todo iluminado como si fuera Navidad; todas las velas y lámparas estaban encendidas.

El niño me condujo al presbiterio junto al sillón del director y allí me arrodillé. Sentí un rumor como el roce de un vestido de seda que se acercaba. El niño me dijo: ¡He ahí la Santísima Virgen!»

«Me sería imposible explicar lo que en aquel momento experimenté —continúa Santa Catalina—. Vi a la Reina del Cielo con tanta hermosura y resplandor que no hay palabras que lo puedan expresar. La emoción que embargó mi alma fue tal, que sin darme cuenta y sin saber cómo, caí de rodillas a sus pies, apoyando mi cabeza con filial confianza en sus rodillas. Apenas puedo recordar lo que pasó ni cuánto tiempo duró aquel rato de felicidad. Sé que Ella me exhortó a orar más y a acudir con más asiduidad y confianza a los pies del Sagrario. Me parecía que estaba en el Cielo. ¡Oh, cuándo será que ya para siempre pueda estar junto a su trono en el Cielo! ¡Qué felicidad será contemplar para siempre a Jesús y a María en el resplandor de su gloria!

«Yo estaré con vosotras»

La Santísima Virgen mirándome, con especial ternura, me dijo:

«Hija mía, el buen Dios quiere encomendarte una misión: tendrás que sufrir mucho, pero todo lo superarás pensando que lo haces por El. Te contradirán pero tendrás mi ayuda. En la oración te van a ser reveladas algunas cosas de las que darás cuenta a tu confesor».

«Los tiempos son difíciles. Grandes desgracias descargarán sobre Francia. El trono será derribado. Todo el mundo se verá sacudido con diversas calamidades de todo género». Y añadió con tristeza señalando el Sagrario:

«Tú, hija mía, en todas tus penas, no dejes de acudir al Sagrario, con confianza. Jesús te concederá todas las gracias que necesites». Y añadió:

«La Comunidad gozará de gran paz y se hará numerosa; pero le sobrevendrán grandes desastres. No temais. Yo estaré con vosotras y derramaré sobre ella mis gracias. El buen Dios la protegerá de modo muy particular».

No olvidaré nunca sus palabras: «Pero tú, hija mía, en todas tus penas no dejes de acudir al Sagrario». ¡Oh, si los hombres comprendieran las riquezas que Jesús quiere repartir desde el Sagrario!

El mundo estaba en sus manos

Tres meses más tarde, de nuevo la Santísima Virgen se le aparece. Ahora es en la capilla. Eran las cinco de la tarde. Mientras todas las hermanas estaban en la meditación, «en medio de un gran silencio —dice Santa Catalina—» me pareció sentir el roce de un vestido de seda. Levanté los ojos hacia el altar y allí estaba la Santísima Virgen de pie sobre una esfera. Su vestido era de blanco-aurora muy resplandeciente. Un velo le caía desde la cabeza a los pies. Su rostro era de tanta belleza que no hay palabras para describirlo. En sus manos sostenía una bola coronada con una cruz. Sus dedos cubiertos de anillos despedían brillantes rayos de luz. Sus ojos miraban al cielo, en actitud de oración.

De pronto el globo de las manos desapareció y de sus manos salieron muchísimos rayos de gran resplandor. La Virgen dijo:

«Estos rayos que ves salir de mis manos, son las gracias que Yo concedo abundantemente a cuantos me las piden con confianza».

En torno a la Virgen se veían escritas estas palabras: «¡OH MARIA SIN PECADO CONCEBIDA, ROGAD POR NOSOTROS QUE RECURRIMOS A VOS!»

De repente la Visión cambió. Apareció una letra M coronada por una cruz, y debajo dos corazones: uno coronado de espinas, y el otro traspasado por una espada. Alrededor había doce estrellas. Entonces oí la voz de la Santísima Virgen que me dijo: «HAZ ACUÑAR UNA MEDALLA SEGUN ESTE MODELO. CUANTAS PERSONAS LA LLEVEN CON CONFIANZA RECIBIRAN MUCHAS Y GRANDES GRACIAS».

Este es el maravilloso origen de la Medalla Milagrosa, denominada así por el pueblo a causa de los innumerables milagros y favores que constantemente se producen por su medio.

Al contacto de esta Medalla se han convertido muchos pecadores; muchos enfermos han recuperado la salud, y todos consiguen las gracias necesarias para vencer las tentaciones y conservar la vida de Dios.

Hay muchas medallas de la Santísima Virgen, pero solamente la Medalla Milagrosa es la diseñada personalmente por la Virgen, y la que está avalada por su promesa de protección. Miles de cristianos y sacerdotes confían en ella y a través de ella encomiendan a la Virgen los problemas de más difícil solución. Gracias a ella han conseguido innumerables gracias y favores.

Llevemos con fe esta «prodigiosa Medalla» y confiemos en las promesas de la Virgen: «CUANTOS LA LLEVEN CON CONFIANZA, PERCIBIRAN MI PROTECCION».

Esta es la Medalla de la Virgen. La única diseñada por Ella, y avalada con su promesa de especial protección.

Ella dijo: «Cuantos la lleven con confianza y devoción, recibirán muchos y grandes favores». La Historia de 150 años (1830-1980), testifica la verdad de esta afirmación por los grandes y pequeños favores que con ella se consiguen. Llevémosla con devoción y aprovechémonos del tesoro que en ella tenemos. Así sea.

9 788477 704515